

FUNDACIÓN DE SUCURSAL EN HONDA

A comienzos de 1922 se me comunicó por parte del banco que en respuesta al pedido de la ciudad de Honda debía ser abierta una sucursal en el departamento del Tolima. Cuando pudiera desocuparme en Barranquilla, tenía que ir en primer lugar a Medellín para analizar el tema con la Dirección y el Consejo de Supervisión y luego hacerme cargo de la instalación de la sucursal. Antes de eso, debía hacer una visita a Bogotá para hablar con Ferdinand Focke, quien seguía siendo nuestro agente, sobre una ampliación de la agencia, la cual sería necesaria teniendo en cuenta la fundación de la sucursal en Honda.

A mediados o fines de marzo de 1922 proyectaba irme de Barranquilla. Apenas la colonia alemana se enteró de esto, escuché de todas partes: “¿Dejará que se haga público?”. Eso significaba: “¿Dará una fiesta de despedida como corresponde?”. Era sabido que finalmente debía hacerme cargo de uno de los puestos directivos en Medellín y se consideraba como un motivo más para suponer que no me mostraría tacaño. Pese a que de ninguna manera me cuento entre los enemigos del alcohol, nunca simpatiqué con el consumo exagerado en Barranquilla, pero mi fiesta de despedida me había propuesto organizarla como la mayoría de los alemanes barranquilleros la deseaban.

En su mayoría eran solteros y por eso iba a ser una velada masculina. No quise exponer la casa de Strauss para albergar la fiesta; en cambio, se me puso a disposición voluntariamente, por parte de los dueños, la cabaña. Los invitados debieron haber sido unas cincuenta personas. Hice preparar barriles de cerveza, una batería de botellas de *whisky*, varios cientos de cigarrillos y una montaña de sándwiches. Todo esto fue consumido hasta alrededor de la medianoche, y en vista del ambiente festivo, que iba en aumento, debí ir al Club Alemán para buscar más reservas. Los últimos huéspedes se retiraron de la cabaña a las cuatro de la mañana. ¡Según los parámetros de Barranquilla, la fiesta fue un éxito gigantesco! Como debía partir a la mañana siguiente, me desearon infinitas veces un “feliz viaje”. Al final de la fiesta sonaban esas dos palabras en las voces de algunos de mis invitados ya solo como *fel via*, y la *fel via* quedó por años como palabra clave para una velada extensa, alegre y con mucho alcohol.

Después de haberse ido el último invitado, agradecí a la gente de la cabaña el préstamo de la casa, me disculpé por el triste panorama del campo de batalla que dejaba atrás y tuve el tiempo justo para empacar mis últimas cosas en la casa de Strauss, cuando ya llegaba el auto que debía trasladarme al avión. El piloto esa mañana era Von Krohn, quien lamentó mucho no haber podido participar, pues era de rigor para los pilotos no tomar bebidas alcohólicas en vísperas de un vuelo. Del vuelo a Puerto Berrío, a donde llegamos cerca de las dos o tres de la tarde, no vi mucho, casi siempre dormí. Al día siguiente estaba en Medellín.

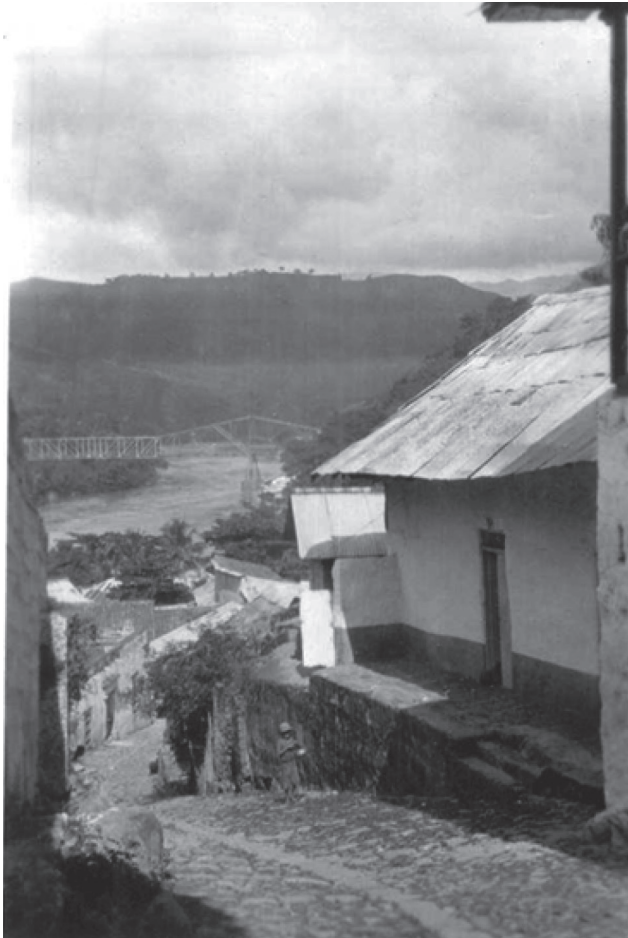
Me quedé solo unos pocos días y luego tomé un vuelo a Bogotá. Ahí volví a ver a mi amigo Focke, después de nueve años. Lamentablemente, lo encontré algo cambiado. Conmigo era tan amable como siempre, pero noté que estaba muy nervioso y podía alterarse sin justificación por pequeñeces. Me enteré que había tenido discusiones desagradables con su contacto en Bremen —Gruner & Rieke— y en su familia desavenencias. En cuanto a esto último, se suponía que no había estado de acuerdo con el compromiso de su hija mayor, Inés —que había participado once años atrás en el viaje a Europa— con un cierto Torres. Este era dueño de una exitosa ferretería en Girardot, pero supuestamente tenía la piel algo demasiado oscura. Yo no lo conocía. La agencia del banco no quería seguir empleando a Focke. Él opinaba que, por un lado, le quitaba demasiado tiempo y por el otro lado le redituaba muy poco. Le entregamos la agencia a uno de nuestros empleados más jóvenes, Otto Gerding, con el encargo de irse acercando lentamente al objetivo de convertirla con el tiempo en una sucursal.

Fue interesante ver de nuevo a Bogotá, luego de largos nueve años. La ciudad había acrecentado enormemente su importancia comercial. Pero en lo demás, al igual que antes, seguía gustándome poco. Relaciones más estrechas, de tipo personal, solo mantenía aún con los dueños de la joyería Bauer & Co., Anton Kraus y Reinhard Kling. Por ellos me enteré cómo la empresa Pehlke había encontrado su fin en Bogotá.

Tal como Krumsieg, Rogge y yo habíamos sospechado, que uno de nuestros sucesores se vengaría, por él y por sus antecesores, y así había sucedido. Pehlke había estado en Alemania cuando en 1914 estalló la guerra y su representante en Bogotá se había aumentado de inmediato el sueldo a un monto que le pareció adecuado y desde ese momento no llevó más ninguna contabilidad. Cuando Pehlke llegó a Bogotá, después de finalizar la guerra, no pudo hacer otra cosa que despedir al empleado pertinente. Ya no podía comprobar si este había sido honesto o deshonesto. Esta experiencia fue suficiente hasta para Pehlke. También tuvo que reconocer, quizás, que un hombre con su fama no podía conseguir buenos empleados. Por eso vendió el negocio

a su óptico, Schmitt, quien le pagó un precio reducido por este. Bajo la dirección de Schmitt floreció el negocio, de manera que pudo abrir sucursales en varias ciudades colombianas, que prosperaron todas. Pehlke solo conservó en su poder la hacienda.

Después de finalizar los asuntos bogotanos me fui a Honda para dirigir los preparativos de inauguración de la sucursal. Estaba contento con esta misión, en especial porque Honda me era bien conocida desde mi trabajo en la hacienda de Pehlke y esa pequeña ciudad típicamente tropical y de hermoso entorno siempre me fue agradable.



Vista al puente colgante sobre el río Gualí en Honda

Fui recibido muy amablemente por los círculos interesados en la fundación de nuestra sucursal. Pero en vista de que la localidad era pequeña y no podía esperar —por lo menos al comienzo— grandes ganancias, decidí instalar la sucursal sobre una base económica y alquilé un local en una trilladora (establecimiento de selección y limpieza de café) por el módico precio de ochenta pesos mensuales. El edificio estaba ubicado junto al río Gualí y no lejos de su desembocadura en el Magdalena; desde el recinto que había elegido para que fuera mi oficina tenía una hermosa vista sobre los reciales del Magdalena, el gran puente colgante sobre él y las montañas que rodeaban la ciudad en todos los lados. Amoblar la sucursal causó pocos gastos porque pude comprar todo de otro banco que había liquidado sus negocios en Honda. Este banco era el Mercantile Bank of America, y el hecho de que pese a ser el único banco de Honda hubiera renunciado a continuar allí, no me desanimó de ninguna manera, pues sabía que había tenido que atribuir su fracaso en la localidad (caso que no fue el único en Colombia), a su propia gestión errónea y al desconocimiento del país.

Para la dirección de nuestra sucursal se había contratado a un bancario ya algo mayor y supuestamente muy experimentado, llamado Grünwald, pero este recién debía llegar en unas semanas. El segundo directivo en Honda debía ser Hans Heinatz, al que yo, respondiendo a su urgente solicitud, había trasladado a Honda. Llegó unos días después de mí. Aún recuerdo muy bien su llegada. Según había pedido, le conseguí una habitación sin amoblar. Venía con el tren del mediodía de La Dorada y lo busqué en la estación. No traía nada más que una maleta bastante grande y su cama plegable (catre), del tipo como era usual en las regiones más calurosas del país. Su rostro resplandecía de alegría por el cambio. Cuando llegó a su habitación, apoyó la cama en la pared, puso la maleta en una esquina y dijo satisfecho: “¡Me he mudado!”. Era sumamente ahorrativo. A su apariencia le daba poca importancia. Sus trajes blancos tropicales, traídos de Alemania, eran de un corte bastante desafortunado, por el mismo precio los podría haber conseguido de mejor confección, pero para eso no tenía gusto. Debido a su forma de ser, algo torpe, cometía más de un *faux pas*⁹, pero lo compensaba con su evidente franqueza y su amable comportamiento. En poco tiempo gozó de una gran popularidad en Honda, la que también a él le gustaba sobremanera.

Yo residía otra vez en el hotel América, del cual tenía un buen recuerdo desde mi época de Pehlke. Lamentablemente comprobé que este, que ya no funcionaba bajo la buena administración inglesa anterior, había decaído mucho. Estaba increíblemente sucio. Para poder sentirme un poco a gusto

⁹ Paso en falso (nota de la traductora).

en mi habitación, le di a una de las camareras una buena propina para que la limpiara una vez a fondo. También hice lavar el piso con jabón, lo que con seguridad no había sucedido en años. La comida se igualaba al estado del hotel, pero tuve que conformarme con ella.

A mediados de abril inauguramos la sucursal, de manera favorable. Como solo disponíamos del personal imprescindible, estábamos atareadísimos. Esto era una ventaja grande, pues en Honda poco se podía hacer en el tiempo libre. El clima era muy caluroso. No era perjudicial para los hombres; en cambio, a las mujeres y los niños, en especial de raza blanca, no les sentaba bien, e incluso los residentes, en la medida que sus finanzas lo permitían, enviaban con frecuencia a sus familias para su descanso a las regiones frescas y más altas. Una ventaja era que la provisión de agua era buena. Como la ciudad estaba ubicada en un valle encajonado, de ahí también el nombre: Honda (hondo); había muchos días en los cuales no se sentía ni la menor brisa. Después de la puesta del sol, el lugar más fresco de la ciudad era el puente sobre el río Gualí; si es que había una corriente de aire, se producía ahí. Por esta razón el puente era la meta de todos los caminantes vespertinos. A mí siempre me sentó bien la estadía en Honda. Me gustaba estar allí. Algunas veces, Heinatz y yo éramos invitados a visitar las haciendas ganaderas de las inmediaciones. Heinatz disfrutaba mucho de las nuevas impresiones.

Luego de haber finalizado los trabajos de instalación en la sucursal, me tomé dos días de franco para visitar a Kruse en la hacienda, a la cual me había invitado por escrito. Alquilé un caballo y planifiqué salir temprano a la mañana. Lamentablemente me trajeron el caballo, por cierto no muy bueno, tan tarde, que recién pude salir con bastante atraso. Me alegró mucho poder cabalgar por caminos tan conocidos, en los cuales nada había cambiado. Usando con frecuencia las espuelas hice el recorrido más o menos en el tiempo habitual de cinco horas de cabalgata. Al pasar por La Aurora vi que la casa se veía bien y limpia; como me enteré después por Kruse, el anterior vaquero, Estanislao Pereira, vivía ahora ahí, se había casado y ascendido a administrador.

Inmediatamente después pasé por el pueblo Victoria, en el cual nada había cambiado, excepto que los árboles de la plaza del mercado habían crecido. Aunque las calles estaban desiertas por el calor de la tarde, mi llegada fue advertida y fui reconocido por varias personas. Kruse me contó en la noche que el pueblo y en la hacienda ya sabían que “don Juan”, como se me había llamado, estaba de visita. Pronto también llegó el vaquero a caballo para saludarme.

A Kruse lo encontré muy encanecido y de aspecto abatido. Pero me recibió muy amable y enseguida realizó conmigo un amplio recorrido por las plantaciones de cacao y café. Todo estaba bien cuidado. La plantación de café, ubicada donde Zaumseil y yo habíamos desmontado la selva y él había

matado la víbora, se hallaba en plena producción. Sin embargo, la plantación de cacao, que Kruse había hecho con tanta expectativa, estaba en decadencia. Con orgullo me mostró un depósito de agua que había construido. Estaba cercado con alambres y rodeado por un cerco de hermosos arbustos de crotón. También servía como una piscina, y como tal la usamos enseguida.

Yo sabía que su mujer estaba con los dos hijos en Alemania y evité preguntarle por la familia. Cuando pasamos por un corral en el cual se hallaban dos caballos pequeños, mencionó que estos habían pertenecido a sus hijas. Las dos niñas habían sido bastante diestras a caballo; desafortunadamente se enfermaban mucho y por eso su mujer había decidido retornar con ellas a Alemania. Le expresé mi pesar por ese infortunio. Por otro lado, ya me había enterado que el matrimonio estaba prácticamente separado; la mujer, desilusionada y amargada, había buscado un puesto en Alemania y Kruse no las volvió a ver, ni a ella ni a las hijas.

En la casa de la hacienda, limpia y amoblada de forma sencilla pero agradable, pasé una noche confortable. En comparación con la calurosa Honda, el clima era fresco, si bien las comidas seguían siendo tan escasas, como lo habían sido siempre. Después del almuerzo regresé a Honda.

Durante el camino reflexioné sobre el hecho de cuán inmerecidamente difícil era la vida para muchas personas. Aquí había un hombre honesto, confiable, un trabajador incansable y muy hábil en su especialidad de agrónomo, y a pesar de esto no pudo lograr nada. No tenía vicios, aunque tampoco la fuerza para imponerse a un superior como Pehlke, quien lo explotaba sin escrúpulos. Al final, su propia mujer lo había despreciado y abandonado.

Después de haber estado unos tres meses, más o menos, en Honda, recibí de Hartmann la exhortación algo impaciente de desocuparme lo más rápido posible y volver a Medellín, donde él estaba supuestamente recargado de trabajo. Como Heinatz ya se había puesto bien al tanto en su actividad, el recién llegado Grünwald, que había traído muy buenas recomendaciones, causaba una impresión de persona inteligente y en general satisfactoria. El funcionamiento de la sucursal marchaba bien, entregué a Grünwald y Heinatz la dirección y partí a Medellín, donde llegué a finales de junio o principios de julio.